

ORACION INAUGURAL.

~~— 1852 —~~

ORACION INAUGURAL

EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO

DE 1876 A 1877

PRONUNCIADA

EN LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

Por D. Pascual Vidal y Valcarlos,

Doctor en la Facultad de Teología y Letras

IMPRESOR

IMPRESA DE TOMAS GORGIS Y COMPANIA

CALLE DEL ESTRENO, NUMERO 35

1876

ORACION INAUGURAL

QUE

EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO

DE 1876 Á 1877

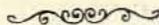
PRONUNCIÓ

EN LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

EL

Dr. D. Cayetano Vidal y Valenciano,

Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras



BARCELONA.

IMPRESA DE TOMAS GORCHS Y COMPAÑIA,

Calle del Càrmen, número 38.

1876.



## ILUSTRÍSIMO SEÑOR.

Señores.

Solo á fuerza de sudores y afanes va realizando el hombre su progreso: en derredor de él se halla la verdad; pero no acierta á encontrarla sinó despues de haber abrazado una y mil veces el fantasma del error. — BALMES.

Si al designármese para leer la oracion inaugural con que debe solemnizarse la apertura del curso que hoy comienza, hubiera cruzado por mi mente la idea de que con ello se honraba al mérito; habria desde luego declinado por inmerecida distincion tamaña, sin que fueran parte á quebrantar mi resolucion, la proverbial indulgencia de este Claustro respetable, ni los vínculos de afecto y gratitud que con los más de sus individuos me unen desde la época, por desgracia ya un tanto lejana, en que recibí de algunos de ellos la sana doctrina y la enseñanza provechosa que debian proporcionarme, andando el tiempo, la incomparable dicha de ocupar un asiento á su lado. Juzguélo, pues, bajo el único punto de vista que me era dable considerarlo, es decir, como precepto y fórmula reglamentaria por parte

de la superioridad; y por la mia, como cumplimiento de los deberes que contraje al recibir la investidura de profesor de esta Escuela: y atento á ello y recordando además que lo habian llenado mis compañeros todos en la Facultad de Filosofía y Letras; aceptélo resignado, sin formular la excusa más insignificante, con todo y alcanzárame que, dada la importancia del acto, era carga superior á mis fuerzas, que no habian de ser poderosos á aumentar la voluntad más decidida ni los deseos más acendrados.

Que en mi favor militaban razones nada baladíes, para haber procedido de tal suerte, á ser aquellas las circunstancias; lo comprenderéis en cuanto pongais mientes en mi situacion especial como hombre y como profesor: y aún abstraccion hecha de la primera,—que por pertenecer al sagrado de la vida íntima, no es para tocada donde no han de resonar los acentos de dolor que su recuerdo excita—bastaria la segunda para que os convencierais de que no es vano artificio retórico ni fingida modestia lo que me mueve á expresarme en estos términos.

En el concepto últimamente expuesto, se adivinirá desde luego que debí tener, y realmente tuve en cuenta, por un lado, la práctica, para actos semejantes establecida, de hacer sujeto del discurso uno de los puntos de la asignatura que desempeña el profesor á quien aquel se ha confiado: al paso que consideraba por otro la brevedad del tiempo transcurrido desde el dia en que comencé á explicar la que se me encargó; representándoseme por último la magistral manera como llenaron su cometido cuantos, en el cargo que deberia complimentar, en cada uno de los cursos precedentes se han ido sucediendo. ¿Podia yo, con justo título, dispensarme de esa práctica, sin contravenir la costumbre? Y de ajustarme á ella, ¿poseia las condiciones indispensables para cumplir de tal modo, que aún quedándome en el postrer lugar, no viniera á hacer desairada figura al lado de mis ilustres maestros y queridos compa-

ñeros? El tema más insignificante de los muchos que abarca el campo inmenso de la ciencia geográfica, ¿podía ofrecer, por mí tratado, el atractivo, el interés, el tinte de novedad, los vislumbres de acierto, que son al par prenda valiosa y requisito indispensable, para cautivar la atención de quien, por más que en alto grado posea la virtud de la benevolencia, es difícil que pueda concederla á asuntos que tiene olvidados de puro sabidos? En semejante situación de espíritu, impulsado únicamente por el deseo de dar cima al cumplimiento de mi deber; presumí, no sé si con buen ó mal acuerdo, que todo se conciliaba con tal que la pequeñez del individuo desapareciera absorbida por la magnitud del asunto; imaginando por tanto que ninguno más abonado para el logro de semejante determinación, como el que tuviese por fin exponer el **CONCEPTO, EXTENSION Y RELACIONES DE LA GEOGRAFÍA COMO PRELIMINAR PARA LA COSMOGRAFÍA, É INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LA HISTORIA.**

Séame lícito, sin embargo, antes de emprender su desarrollo, entrar en un orden de consideraciones, que al par demostrarán mi justa desconfianza y pondrán de manifiesto ciertos motivos que, además de los indicados, influyeron en mi ánimo para que, entre los muchos que se me ofrecían, diera la preferencia al tema referido.

Encaminados mis estudios por senderos muy distintos; sin poder escapar á esa ley fatal que, las más veces, ya que no haga omniscientes á los individuos del profesorado español, redúcelos á terrible aprieto, forzándoles á enseñar lo que nunca imaginaron aprender, encontréme sometido á la prueba durísima de tener que explicar una asignatura, de la cual no tenía adquiridas más nociones, que las brevísimas y por todo extremo reducidas que, casi en los albores de la adolescencia, aprendiera al cursar la segunda enseñanza. Hasta aquel momento, para mí, la **GEOGRAFÍA**, cual por punto general acontece, reduciase á la simple descripción de las diferentes partes que constituyen nuestro globo:

de suerte que tenia por geógrafo más consumado al que mayor número de pueblos podia citar, más costumbres describir, más variados usos revelar y más símiles establecer; puntualizando nombres, señalando límites, fijando latitudes, refiriendo producciones, todo como viene consignado en las obras manuales que para dicho estudio suelen escribirse. ¿Era esto lo que yo debia enseñar á los alumnos de las Facultades de Ciencias y de Filosofía y Letras? ¿Bastaban esas series de nombres y esas enojosas enumeraciones, y esos cuadros estadísticos, y esas indicaciones someras, para que el escolar que se dedicara á las ciencias exactas, se encontrase en terreno completamente desembarazado, al abandonar la tierra, para remontarse á los espacios etéreos en alas de la Astronomía y del Cálculo infinitesimal; ó el que diera la preferencia á las fisico-químicas ó á las naturales, pudiera darse explicacion plausible de ciertos y determinados fenómenos que son de todos los dias y de todos los momentos, y que, probablemente, llaman menos la atención, por lo mismo que, si así cabe decirlo, estamos con los mismos íntimamente familiarizados? Y los que, dejándose llevar de sus particulares aficiones, ó impulsados por vocacion irresistible quisieran cultivar las ciencias filosóficas, y la filología, y la historia y las letras, ¿podian con tan breves precedentes darse cuenta exacta de los complicados y trascendentales problemas que constituyen el proceso que, por elocuentísima manera, va revelando el desenvolvimiento constante, jamás interrumpido, del espíritu humano: del cuadro inmenso que en compendiado resúmen ofrece la imágen de tantas miserias, y la escena en que se han aglomerado los restos de tantas civilizaciones; tantos imperios caidos que un dia señorearon el mundo y cuyas ciudades más renombradas y monumentales edificios son hoy polvo impalpable, juguete del viento del desierto; tantos pueblos y naciones cuya grandeza solo conocemos por las inmensas ruinas que hacinó á su paso

la planta destructora: de la próspera naturaleza, en fin, que por sabia mano conducida, laboriosa siempre y siempre incansable, trabaja incesantemente en reparar benéfica todos los desastres, todos los assolamientos, los males todos que al choque de las encontradas pasiones que en el corazón del hombre germinan, brotan aquí y allá como único y maldecido fruto de nefasto contubernio?

De semejantes dudas y vacilaciones vino á sacarme quien, con vivir en un mundo mejor, ocupa de seguro un lugar privilegiado en vuestros corazones; quien se hallaba dispuesto siempre á sacrificarse en aras del saber y de la amistad; quien, y este es quizás el menor elogio que de él puede hacerse, atravesó este valle de dolores sin suscitarse un solo enemigo. El virtuoso, el modesto, el sabio profesor de Metafísica, — que no ha sido menester que pronunciaran su nombre mis labios, para que comprendierais que al inolvidable Llorens me referia — el docto maestro que, por su amor á la ciencia movido, desempeñara antes gratuitamente la cátedra de GEOGRAFIA; el amigo cariñoso cuyo corazón, todo ternura, hallábase siempre dispuesto á hacer el bien por el bien; con aquella su habilidad especialísima para introducirse en el entendimiento de los que solicitaban su consejo, y con su claridad de exposicion, resultado de toda una vida empleada en observar los fenómenos de la conciencia, disipó en un momento las densas tinieblas en que se hallaba sumido mi espíritu. Por él guiado, y cual si ejerciera en mi ánimo poder irresistible su palabra siempre persuasiva, y precisa y elegante siempre; ví surgir de improviso ante mis ojos inexpertos, horizontes inmensos que ni en sueños pude nunca imaginar. Adiviné entonces y comprendí luego, que la situacion de los mares; la disposicion de las tierras; las cordilleras que cruzan los continentes; los rios que en estrepitosa catarata se despeñan de lo más alto de las montañas, para morir en la mar lejana despues de haber regado el valle ameno, y fertilizado la extensa

llanura; la elevada meseta que constituye el centro de dilatada comarca, y la playa monótona en que blandamente se mece la ola en su eterno ir y venir: que la palma cuyas hojas elegantísimas cimbréanse gallardas acariciadas por el abrasado simoun; y la secular encina, siempre verde, que prestó su sombra protectora al dolmen druídico y escuchó los barditos del Celta y los cantos bretones; y el humilde liquen que, cual la violeta debajo de la hojarasca, crece escondido so la nieve que cubre eternamente las regiones circumpolares: que las lavas hirvientes que rugen en las entrañas de la tierra, y al estallar en torbellinos de fuego determinan espantoso cataclismo; y el bramido asordador de los mares que embravece furioso el huracán; y esos sones, esas notas, esos acentos vagos, misteriosos, indefinibles, que nadie sabe de dónde proceden, que se ignora de dónde derivan, que acaso no son más que el hálito de las brisas dormidas en la enramada, ó el vagido de las flores al nacer, ó el susurro de inúmeros y míseros insectillos refiriéndose atribulados sus cuitas amorosas, ó el ritmo incomparable proveniente del andar de esos millares de mundos, que cumplen inconscientes las leyes desde el principio establecidas, — realizan, en virtud de especial disposición del Ordenador supremo, destinos más importantes que el de servir de preciado adorno á descripción más ó menos brillante. Comprendí entonces que todo es armonía en el campo infinito del universo creado; que entre la tierra y el hombre existen relaciones de tan íntima dependencia, que han de influir forzosamente en el desenvolvimiento del individuo y en el progresivo desarrollo de las sociedades. Comprendí, en suma, que la GEOGRAFÍA constituye al presente una verdadera ciencia, á la cual, por lo mismo que debe abarcar simultáneamente y en conjunto, *la naturaleza y el hombre, el hombre y la naturaleza*, le es indispensable conocer dichas relaciones, y determinar los elementos que las constituyen, y remontarse á los prin-

cipios de que proceden; para deducir más tarde las consecuencias que de los mismos, en el terreno de la lógica, necesaria y legítimamente se derivan.

El problema quedaba planteado. Sabia á qué atenerme respecto de la ciencia que venia obligado á enseñar: vacilaba, sin embargo, con relacion al método que, para hacer fructifera dicha enseñanza, me era más conveniente elegir. Acordéme por dicha en tal sazón del procedimiento que adoptara uno de nuestros más ilustres pensadores, el malogrado autor de *«El Criterio»*, y consideré que podia llenar buenamente las obligaciones anejas al ministerio que se me confiara, leyendo algo y meditando más.

El resultado de mis tareas lo sintetiza el tema que dejo expuesto. Con su desarrollo, propóngome cumplir el deber á que antes me referia, y acallar ciertos escrúpulos de conciencia, relacionados con lo sagrado del sacerdocio de que nos hallamos investidos; escrúpulos que solo podré ver aquietados logrando alcanzar vuestra importante sancion. Y pues las prevenciones que dejo apuntadas son bastantes, á mi juicio, para que con verdadero conocimiento de causa podais negarla ó concederla, sin añadir otras nuevas entro en materia.

## I.

Si haciendo abstraccion de nuestros actuales conocimientos y especial modo de ser, sin mas recursos ni otros medios que las potentes facultades de que ha dotado el Creador al alma humana: sin las trabas que impone al pensamiento el recuerdo de lo que fué: sin las prácticas hijas del hábito: sin los juicios engendrados las mas veces por fatal preocupacion, nos viésemos inesperadamente con-

vertidos en espectadores involuntarios de esa máquina insignificante que se llama universo, ¿no es verdad que las múltiples impresiones recibidas por el intermedio de los sentidos obrarían de tal suerte en nuestro ánimo, que á duras penas lograríamos darnos cuenta de los variados fenómenos que irían sucediéndose ante nuestras absortas y sorprendidas miradas? Embebidos en la contemplación de tanta maravilla, ni la sospecha llegaría á asaltarnos de que aquellos objetos pudiesen cambiar de estado ó de forma, pues para nosotros carecería de valor la noción del tiempo; ni imagináramos la existencia de un más allá, por lo mismo que nada significaría la idea de espacio. De semejante estupor vendrían á sacarnos, sin embargo, los cambios y mutaciones que realizaríanse á nuestra presencia; y siquiera no pudiésemos atinar con las causas que los produjeran, nuestro espíritu, presa exclusivamente de la admiración, experimentaría la influencia de un nuevo sentimiento, hasta aquel instante de todo punto ignorado, que sería algo parecido á la inquietud, al recelo, al temor, por lo mismo que nacería de la posibilidad de lo futuro, y de la existencia del más allá, fuera del círculo limitado por el alcance de nuestros débiles sentidos. Influidos entonces por la curiosidad, impulsada á su vez por el sentimiento instintivo de la propia conservación, y comprendiendo, por los fenómenos que experimentaríamos, la relación íntima existente entre nuestro sér y los agentes exteriores; nos aplicaríamos en penetrar los misterios que oculta el tupido velo detrás del cual se esconde lo por venir, y al declararnos vencidos ante la imposibilidad de conseguirlo, convertiríamos la atención á lo pasado, para resolver, en vista de las enseñanzas de este y de las presentes enseñanzas, la manera como deberíamos conducirnos en todo lo referente á nuestra seguridad. En suma: trabajaríamos en la obra encaminada á establecer la noción de causa y efecto, perseverando en nuestro empeño hasta tanto que, como resultado de-

finitivo de operacion tan laboriosa, pudiéramos exclamar: «He adquirido un conocimiento. Sé.» Mas aun así, los conocimientos adquiridos y las nociones apropiadas distarian mucho de guardar la indispensable relacion de mútua dependencia: no bastarian á desvanecer la incertidumbre que nos devorara, y víctimas de los mismos recelos, presa de idénticos temores, nos veríamos en la precision de dirigirnos una y otra pregunta que, provocando nuevas explicaciones de un orden más sencillo y al propio tiempo más general, nos permitieran labrar con tantos y tan esparcidos eslabones una cadena no interrumpida, que nos facilitara el establecimiento de una ley, origen y fundamento de otras leyes aplicables á cada caso particular, pusiera término á nuestra agitacion, y fuera motivo para presumir que dejábamos echadas las bases á un sistema completo de conocimientos.

No de otra suerte nuestros primeros padres, perdida su inocencia primitiva, y lanzados del terrenal paraíso por la flamígera espada del Angel de la justicia; no de otra suerte el hombre abandonado á sí mismo en medio de la inmensidad de la creacion, debió experimentar esa serie de impresiones, que, despertando en él sensaciones y sentimientos dormidos hasta entonces en el fondo de su conciencia, teníanle al par admirado y confuso, absorto y receloso en presencia del espectáculo sublime que se ofrecia á sus atónitas miradas. Cantidad prodigiosa de brillantísimos luminares, despidiendo unos, destellos refulgentes de luz vivísima; enviándosela otros tranquila, dulce y placentera, giraban en acompasado movimiento debajo de la bóveda que le cobijaba, y al extinguirse paulatina y sucesivamente los que no llegaron á sumergirse por completo en el más remoto confin que servia de término á sus encantados ojos, una nueva lumbrera de luz más intensa y esplendorosa, dorando las cimas del monte lejano; disipando la bruma dormida en lo más profundo de los valles; trocando en re-

torcidas hebras de bruñida plata los arroyuelos que bajando de las cañadas cruzan en todas direcciones la vega deleitosa; tiñendo con matices que varían hasta lo infinito el espeso bosque y la risueña pradera, viene á poner de relieve los múltiples accidentes del suelo que constituye su no imaginado observatorio, y á comunicar calor, y vida, y fuerza y movimiento á los seres innúmeros, que en himnos no aprendidos, saludan la luz del nuevo día, desde el misero insectillo que zumba escondido en la enramada, hasta el águila altanera que en raudos y majestuosos vuelos remóntase á las lejanas regiones del espacio azul.

Mas á esos espectáculos que contemplara un día y otro día; que se suceden con prodigiosa regularidad; cuyas causas no acierta á comprender; cuyas leyes no se sabe explicar; causas y leyes que le sumirían en un mar de terribles confusiones, si sus facultades todas alcanzáran á más que á sentir, añádense otros de naturaleza distinta, que, haciendo brotar en su corazón nuevos sentimientos, reducenlo á tal estado, que sin saber por qué hállase sobrecogido por el espanto y el terror, y sin saber por qué se siente con impulsos de marchar adelante por el camino de lo desconocido. Los vivos colores que fueron gala de la naturaleza, truecáanse en tintas oscuras que llevan la melancolía á su conturbado corazón: las hojas desprendidas de la arboleda, gimen con áspero crujido juguete del cierzo que silba siniestro al deslizarse entre el desnudo ramaje: hasta el ambiente tornándose de agradable en desapacible le fuerza á buscar un refugio contra las inclemencias en las anfractuosidades de maciza peña ó en el seno de los troncos que el tiempo carcomió: los ténues vapores que empañaban á duras penas la atmósfera diáfana y trasparente, trepan perezosos á las cumbres, arrastrándose por las laderas de las montañas en cuyas cimas se agrupan, se ensanchan, se confunden y arremolinan, girando en vertiginosos torbellinos: «túrbase el aire, el día se ennegrece,

..... entre las nubes mueve  
 Su carro Dios, ligero y reluciente:  
 Horrible són conmueve,  
 Relumbra fuego ardiente,  
 Treme la tierra, humíllase la gente.»

En el estado de fatiga y lasitud á que por consecuencia de tan vivas impresiones se encuentra reducido, prescindiendo de cuanto le rodea, acaba por convertir á sí mismo sus miradas; y despues de haber vislumbrado confundidos en informe monton al través de las tinieblas de su inteligencia, nuevos motivos de sorpresa y temor; misterios mil que descifrar; problemas intrincadísimos que resolver; contrastes y analogías que comparar y reducir á armónica concordancia, pretende poner término á su estupor preguntándose: ¿Quién soy? ¿De dónde procedo? ¿Cuyo es mi destino? Cuanto descubro, cuanto me rodea, me advierte de mi pequeñez y debilidad; y sin embargo siento en el fondo de mi sér una fuerza superior, desconocida, irresistible, que me está diciendo á voces que mis facultades son superiores á las de todas las criaturas que contemplo: que debo llenar fines más altos que el pez y el bruto y el avel que puedo domar los elementos desencadenados: que me es posible avasallar, utilizándolas en mi particular provecho, esas fuerzas que conmueven la naturaleza. Mas, ¿cuál es el lazo que con ella me une? ¿Esas nociones que tengo adquiridas, que me ha proporcionado la experiencia de un dia y otro dia, son un sueño? ¿constituyen una realidad? Y si verdaderamente pertenecen á la categoría de los hechos reales, ¿con qué derecho yo, mísero gusanillo, desde el limitado espacio dentro del cual me está concedido revolverme, pretendo extender el imperio de mis afirmaciones sobre cuanto ha sido, sobre cuanto es, sobre cuanto ha de ser!?

¡Ay! Que el Hacedor Supremo, al encerrar dentro de

frágil vaso de barro deleznable el alma inmortal que hace del hombre el sér más acabado de la creacion, al paso que dotaba aquella con facultades superiores que debian servir para ennoblecerle, depositaba en su corazon pasiones mil tormentosas y mezquinas, como propias de la materia, pasiones y facultades que, solicitándole con fuerzas igualmente poderosas, debian condenarlo á perpetua lucha, acercándolo al término de su carrera, ó apartándolo del foco de que procede, segun que unas ú otras en la contienda llevaran la mejor parte. Por ventura, como áncora de salvacion en medio de tan deshecha tormenta, puede el hombre disponer del libre albedrío, y por él guiado y dejándose conducir por sus desinteresadas indicaciones, siquiera á fuerza de afanes y desvelos, realiza paulatinamente su marcha progresiva al través del tiempo y del espacio, recorriendo la áspera senda que conduce al templo de la Verdad. Deslumbrado por engañoso resplandor, abandona infinitas veces la recta via: mas vuelto en su acuerdo; convencido de sus errores; reaccionando sobre sí mismo, emprende de nuevo el ascenso á la abrupta y trabajosa cuesta, y tronzado por la fatiga, rendido de cansancio, desgarradas sus plantas por los abrojos de toda naturaleza que son alfombra del camino, bien que impulsado incesantemente por una voz interior que le dice *anda*, no ha cejado, no ceja, no cejará mientras no le haya sido dado contemplar

En la más alta esfera las moradas  
 Del gozo y del contento,  
 De oro y luz labradas  
 De espíritus dichosos habitadas.

---

Las breves consideraciones que preceden, han de bastar, á lo que entiendo, especialmente dirigiendome á este Claustro respetabilísimo, no solo para formar juicio exacto

del «Concepto» que, en su conjunto, nos merece la ciencia geográfica, sinó tambien del procedimiento por nuestra parte adoptado á fin de que su enseñanza resulte en lo posible fructuosa. Ya se nos alcanza que, juzgando por lo que llevamos expuesto, ha de oponérsele la fundada objecion de que se da en él más participacion al empirismo de la que á justo título le corresponde, debiendo resultar de ello dificultades gravísimas, si nó imposibilidad completa, para la demostracion de determinadas conclusiones científicas, elevadas hoy á la categoría de verdades indubitables. Mas por lo mismo que estamos de ello persuadidos, y no hemos olvidado las lecciones de la propia experiencia, que nos ponen de relieve los defectos á todo exclusivismo inherentes, y recordamos por último que el testimonio de la razon respecto de una verdad, no merece fe mientras no consigue el asentimiento de todas nuestras facultades; creemos que aquel inconveniente desaparece, y triunfa en último resultado el sistema científico, echando mano unas veces de la induccion, y acudiendo á la deduccion en otras ocasiones, ya que con ello pueden obtenerse consecuencias del todo lógicas, de los principios de antemano establecidos, y levantados sobre la base de nuevas observaciones.

A proceder de esta suerte nos ha movido además un fenómeno que todos habréis experimentado, con mayor frecuencia los que profesais ciertas enseñanzas, y que de seguro se os habrá ofrecido con idénticos caracteres, en la serie de años que llevais invertidos en la noble tarea de desbrozar de obstáculos y maleza el campo de la ciencia á la juventud ganosa de saber. Ya comprenderéis qué aludo á las gravísimas dificultades que al humano espíritu ofrece la admision *à priori* de hechos concretos, á primera vista inexplicables é incomprensibles, para cuya inteligencia precisa el conocimiento previo de determinadas verdades abstractas. Que tales circunstancias concurren en la GEOGRAFÍA, no hay para qué encarecerlo, puesto que para

convencerse de ello, basta con recordar que sus especulaciones todas, nó á otro fin van dirigidas, que á *describir la Tierra* segun los diferentes aspectos bajo los cuales puede ser considerada: esto es, como cuerpo celeste, como compuesto de elementos distintos, y como morada del hombre.

Ahora bien: sea el que quiera, de los que acabamos de indicar, el concepto en que pretendamos estudiarla, ora busquemos el auxilio de las ciencias de la naturaleza, ora pretendamos el apoyo de las de la sociedad; en cuanto pongamos la planta en el enmarañado camino de la inquisición, han de asaltarnos las dudas y dificultades á que nos referíamos hace breves instantes, dudas y dificultades que en la mayor parte de las ocasiones son motivo poderoso, sí nó causa determinante, para que, ó se abandone la carrera emprendida, ó se retroceda en ella, ó ya que se persevere, sea marchando poco menos que á tientas; sin poder apreciar los múltiples accidentes que doquiera lo caracterizan y embellecen; sin lograr conocer las causas que los han producido: en suma, en una situación de ánimo que ofrece no pocos puntos de semejanza con la que intenté recordaros al referirme á lo que por mí mismo pasara. Permitid, pues, que en corroboracion de lo dicho, y á guisa de prueba, aduzca algunos ejemplos, ya que con ello al par dejarémos patentizado cuanto tiene de exacto el aserto precedente, y penetrarémos en el segundo de los extremos que abarca el tema en cuyo desarrollo nos estamos ocupando.

## II.

Sin habernos formado una idea, hasta el punto que le es posible á la limitada humana inteligencia, concebirla del

conjunto de la creacion, de esa máquina inmensa que, con ofrecerse á nuestras miradas como reducido espacio sujeto á término y medida, carece de límites, es infinita, cual cumple á la morada de Aquel que no tuvo principio, ni habrá término, y vive en todo cuanto brotó de la nada en virtud de un solo acto de su omnipotente voluntad; es imposible, no solo ensanchar el reducidísimo círculo de conocimientos trazado por el alcance de nuestros débiles sentidos, sinó tambien formar acabado concepto de lo que es, y del papel que en la misma desempeña este diminuto grano de arena que llamamos Tierra, sobre el cual plugo á Dios establecer el humano linaje.

Para conseguirlo, se hace indispensable insistir en la explicacion de lo que designamos con el nombre de universo, para lo cual, marchando de lo conocido á lo desconocido, ha de comenzarse por poner la mente en los innumerables cuerpos celestes que podemos distinguir sobre la inmensidad de

«... ese cielo azul que todos vemos  
que ni es cielo, ni es azul»;

y consignar la distancia que nos separa del astro esplendente que baña en luz al planeta en que nos hallamos colocados; y recordar que girando el sol á treinta y ocho millones de leguas de nosotros, y salvarlas su luz en el brevísimo período de siete minutos y trece segundos, la de la estrella más próxima, dado que marchara con idéntica rapidez, emplearía en llegar á la tierra nueve años y medio. Y tambien conviene llamar la atencion relativamente al hecho de que, más allá de esas estrellas que podemos distinguir á simple vista ó por medio de los telescopios, existen otras y otras y otras que son impotentes á revelarnos los instrumentos más perfectos y de mayor alcance de que al presente podemos disponer: y referir que al llegar á los lugares del espacio en

que se hallan situadas, nos encontraríamos tan lejos del término de nuestro viaje, como al emprender nuestra peregrinación al través de los inconmensurables abismos de los campos estelarios; y que cada uno de esos astros brillantísimos es centro de un sistema; y que esas innumerables legiones de sistemas cuentan cada una de por sí con su obligado séquito de planetas y satélites, por entre los cuales cruzan á deshora flamígeros cometas, que recorren sus inmensas órbitas al través de mundos distantes unos de otros millares de millones de leguas: y consignar que todos y cada uno de estos cuerpos se hallan dotados de movimientos distintos y complicados, movimientos que realizan sin entorpecerse, sin chocar, sin destruirse, con tanta precisión y exactitud que es fuerza reconocer que en el universo, que constituye lo infinito creado en el orden físico, como Dios es lo infinito increado en el orden moral, existe no solo dicho infinito por la extensión, sino también por el orden, por la armonía, por el equilibrio de los movimientos y de las leyes; y que en medio de ese espacio sin límites, sobre esas miríadas de cuerpos celestes sin medida, sobre esos ejércitos de mundos sin número, sobre esas series interminables de rutilantes estrellas, disponiéndolo todo, armonizándolo todo, desde el instante mismo en que pronunció el *fiat* sublime, ha de existir la personalidad de Aquel ante el cual se postran confusas las generaciones, convencidas de su pequeñez en presencia del augusto espectáculo de los cielos, que en himnos incomparables cantan elocuentes su eterna gloria.

Pues bien, sin consignar tales datos, sin enumerar esos hechos, sin referir tales fenómenos, sin penetrar, siquiera de pasada, en el campo inmenso de tan elevado orden de consideraciones, no vacilamos en repetirlo, sería imposible establecer las bases sobre las cuales debe descansar el edificio de la GEOGRAFÍA.

Por lo mismo que el hombre es refractario por natura-

leza á admitir toda explicacion que tienda á desbaratar las concepciones que ha formado por el intermedio de los sentidos, y engañado por la falsa idea que de la gravedad tenia concebida, no lograba persuadirse de que pudiera mantenerse aislada en el espacio esta Tierra que, no obstante arrastrarle en su veloz carrera con cuanto la constituye y sobre su superficie se sustenta, tan perfectamente estable le parecia: porque no pudieron, en suma, entregarse á tan abstrusas especulaciones los pueblos todos que vivieron en los comienzos de las sociedades; tradujeron gráficamente y de un modo conforme á sus principios filosóficos, á sus creencias religiosas y hasta á las especiales condiciones del suelo en que vivian, el concepto que lograron formarse del mundo que les era dado contemplar.

Leyendo los himnos védicos de los Arios de la India, vemos la tierra sostenida por nueve elefantes de inmaculada blancura: repasando las *Sagas* escandinavas, la contemplamos levantada sobre inmensas columnatas de durísimo basalto: estudiando los inspirados poemas del divino Homero, al fijarnos en la descripción que en el libro décimo octavo de la *Iliada* hace del escudo maravilloso que forjara Vulcano para que sirviera de broquel al indomable Aquiles, podemos formarnos idea completa, no solo del concepto que en su tiempo se tenia de la Tierra, sino tambien del del universo, que se imaginaba descansando sobre las poderosas espaldas de Atlas gigantesco. ¡Qué más! Hasta al meditar sobre los escritos que constituyen el libro prodigioso en el cual, al decir de uno de nuestros más eminentes oradores, «el género humano comenzó á leer treinta y tres siglos há, y que cuando los cielos se replieguen sobre sí mismos, y la tierra padezca desmayos, y el sol recoja su luz, y se apaguen las estrellas, permanecerá él solo con Dios, porque es su eterna palabra, resonando eternamente en las alturas»; en ese libro incomparable que encierra acentos de tristura para todas las melancolías, y

bálsamos para todos los dolores, y remedios para todos los males, y palabras de consuelo y voces de esperanza para cuantos sienten destrozada el alma por la maleza que cubre las sendas todas de ese valle de oscuridad y miseria; en ese libro hemos visto tambien que en virtud de esa candorosa ingenuidad, propia de los pueblos en su infancia, se consigna que la tierra, cuyos límites no son conocidos, descansa sobre cimientos que se pierden en los abismos, columnatas inquebrantables levantadas por la mano de Dios: que el cielo visible que contiene las aguas y el rayo se extiende como un pabellon inmenso sobre la tierra: que encima de ese espacio que recorre diariamente el sol saliendo por la mañana de un foco de luz, para hundirse por la noche en un antro tenebroso, existe el cielo de los cielos..... hemos visto, en resúmen, reproducidas en este libro las opiniones que caracterizan á los pueblos en los cuales la reflexion científica, hija de la observacion filosófica, guiada por la razon que busca su auxilio en la fe, no ha logrado rectificar las impresiones procedentes de la mera percepcion sensual.

Mas en el momento mismo en que, como resultado de la ley de su constante y progresivo desarrollo, consiguió la ciencia desechar por absurdas, hipótesis que admitiera como racionales; modificar teorías que, nó por ofrecerse ingeniosas sobre toda ponderacion, contaban con sólido fundamento; abandonar, por ridículas, conjeturas que estableciera sobre la base de sus imperfectos conocimientos, y perfeccionar los sistemas hasta entonces admitidos como expresion definitiva de la verdad científica; pudo el hombre explicarse satisfactoriamente el admirable y por demás sencillísimo mecanismo en cuya virtud funciona el conjunto de lo creado, y darse cuenta al par de esa serie de fenómenos que con haberle parecido enigmas indescifrables, en los tiempos primeros de su existencia, no son mas que resultado necesario del movimiento que es esencia y sér de la armonía universal.

Guiándose por la propia experiencia que, á su entender, nunca le habia ofrecido el espectáculo de cuerpo alguno, manteniéndose aislado en los abismos de la inmensidad; no sabia darse cuenta de la existencia de la Tierra en el espacio, como no fuese echando mano de cualquiera de los procedimientos de que dejamos hecha mencion. Mas formulada la ley de inercia de la manera debida, es decir, estableciendo que los cuerpos permanecen en reposo ó en movimiento, en tanto fuerzas ó agentes exteriores no modifican dichos estados: expuestas las que con tanta sencillez, precision y exactitud explican los movimientos de los planetas que integran el sistema solar: y sentado el elevadísimo, y sencillo, y como sencillo y elevado, sublime principio de la gravitacion universal; no le ofreció ya la dificultad más insignificante la comprension de aquel que juzgara hasta entonces arcano impenetrable, ó cuando menos problema de imposible solucion. = Sin saber persuadirse de que á él mismo le alcanzaran los principios que informan dicha sencillísima ley, pues no acababa de convencerse de que formara parte intrínseca de la Tierra, como la piedra que lanza al aire, y en virtud de aquella precipitase de nuevo sobre su superficie, y porque le tenian además engañado las ideas de superior é inferior, encima y debajo, que nada absoluto significan, aplicadas á su morada; hacíasele difícil aceptar el que dicho cuerpo, por pertenecer á la categoría de los planetas, ofreciera la forma esférica; y rechazaba por sospechosa toda opinion encaminada á demostrar que carecia de fundamento la que él concibiera en órden al círculo más ó menos extenso que doquiera distinguian sus miradas; y escuchaba con la sonrisa en los labios, y hasta con escándalo en la conciencia á quien sostenia la existencia de los antípodas; y no daba fe, antes rehuia, como causa de pecaminoso y herético conocimiento, la explicacion de otros muchos fenómenos á tales hechos subordinados y aún de los mismos dependientes. Mas las repetidísimas pruebas obte-

nidas por medio de los experimentos realizados en diferentes tiempos y lugares, que daban como consecuencia inmediata, semejanza constante en la forma de los límites, mayor ó menor depresion en el horizonte visible, convexidad en su superficie, determinacion de círculos en los viajes de circunnavegacion, reduccion en los radios de los mismos cuanta menor era la distancia que los separaba de los polos, una sombra circular que proyectábase sobre la superficie de la luna en las fases y eclipses; fueron parte para que desechara hasta los últimos resquicios de duda que respecto de la forma real de su morada abrigara hasta entonces en el fondo de su conciencia.—Por lo mismo que contempla todos los dias al sol asomando por las regiones de Oriente, y en el transcurso de los años..... Mas ¿á qué aducir nuevas razones en apoyo de lo que llevamos expuesto, si no hay problema alguno que á la GEOGRAFÍA astronómica se refiera, — ora tenga por objeto averiguar la naturaleza, forma, volumen y densidad de la Tierra; ora se encamine á determinar las dimensiones é inclinacion de su órbita, ó el ángulo de su eje, ó el tiempo que invierte en cada una de las revoluciones determinadas por sus varios movimientos; ora se dirija finalmente á conocer los fenómenos que de tales elementos resultan en sí mismos y con relacion á otros cuerpos celestes, con el objeto de hacer de los mismos preciosas aplicaciones á determinados usos de la vida, — que no demuestre hasta la evidencia la repugnancia que siente el hombre á modificar las opiniones adquiridas, por mas que presuma que siendo erróneas y careciendo de fundamento, han de inducirle forzosamente á torpes y lamentables equivocaciones? ¡Que no parece sinó que persuadido de lo breve de su peregrinacion y estancia en el planeta que le sirve de morada, su espíritu se subleva ante la consideracion de tener que confesar tiempo miserablemente perdido, el que en tales menesteres empleara!

Y no se crea, porque hayamos acudido exclusivamente á la GEOGRAFÍA astronómica en busca de ejemplos que sirvieran de apoyo á nuestro razonamiento, que no nos los hubiese prestado tambien en copiosa abundancia la que considera la Tierra como cuerpo físico.

Para convencerse de ello basta recordar que dentro de los límites que abarca esta parte de la ciencia, enciérranse los problemas planteados por las dos escuelas en que andan divididos los que se ocupan en explicarse el estado y ser de nuestro planeta en aquel instante solemne en que, simple nebulosa, mera agrupacion de materia cósmica condensada, conjunto de materias en disolucion acuosa ó en fusion ignea, fué lanzada por la mano del Señor á la inconmensurable inmensidad de los espacios etéreos: los argumentos singularmente aducidos por neptunianos y vulcanistas en apoyo de sus doctrinas respectivas: la serie de revoluciones espantosas y de terribles cataclismos por que debió pasar hasta el momento en que, consolidada la costra exterior, enfriada su superficie, encerradas en el centro del esferoide las materias que se hallaban, y hállanse todavía, en estado de incandescencia; retiradas las aguas á los inmensos receptáculos dentro los cuales hoy las vemos contenidas, formando la vastísima extension de los mares; levantadas las enhietas y luengas cordilleras; formados los valles; constituidas las llanuras; abiertos los cauces por entre cuyas orillas corren mansas ó impetuosas las aguas continentales, — ofreciésenos la Tierra con la fisonomía bajo la cual hoy nos es dado contemplarla.

Basta considerar que, llegados á este punto, podríamos acudir al estudio de los diferentes elementos que integran nuestro planeta; — la masa líquida que encierra, y limita y determina las varias porciones de la sólida, que conocemos con los nombres de continentes é islas; la masa gaseosa que envuelve y rodea y circunscribe las otras dos; —

la proporcion existente entre todos y cada uno de ellos; las partes de que se componen; los cuerpos que intervinieron en su formacion; las propiedades de que están dotados; las reacciones que experimentan: los contrastes y analogías que nos ofrece el exámen del perfil horizontal y el de los cortes verticales de nuestro globo, contrastes y analogías que, con parecer á primera vista causa de desacuerdo y motivo de confusion, conviértense, cuando detenidamente se consideran, en elemento poderosísimo de ese acorde, de ese ritmo, de esa armonía, de esa melodía sinfónica, celestial, inmensa, en que son notas por demás cadenciosas, puras, sencillas y solemnes, los séres y los acentos, y los murmullos y las voces todas de la naturaleza: los fenómenos que en la masa gaseosa, y en la líquida y en la sólida con más frecuencia se realizan; las causas que los producen; las circunstancias en cuya virtud se determinan.

Basta tener en cuenta que, realizados tales propósitos, todavía se ofrecerian á nuestra consideracion, los árdusos problemas referentes á la aparicion de las *floras* y las *faunas* terrestre y marítima, con los géneros, con las especies, con las familias de que se componen; las emigraciones que llevan á cabo; las zonas en que crecen; los climas en que se desarrollan; los medios de que se vale el hombre, sér superior á todos, por lo mismo que se halla dotado de facultades singulares y eminentes que en especial le caracterizan, y de todos los demás séres le distinguen, para destruir y exterminar las que juzga nocivas y perjudiciales, y apropiarse y utilizar las que considera provechosas y aplicables á la realizacion de sus particulares fines.

Basta, por último, fijar la atencion en que, despues de habernos ocupado en estas y otras elevadas y trascendentales disquisiciones, aun podríamos consagrarnos al estudio de las relativas á las transformaciones y mudanzas que, á veces de un modo instantáneo, brusco, inesperado; siempre é incesantemente de un modo lento, y por lo mismo, á

duras penas apreciable, como no sea mediante el transcurso de dilatados períodos; realizanse, como en el hombre, en el planeta que le sirve de morada: y que á la manera que en las de aquel influyen las enfermedades, los trabajos y miserias, las calamidades y lacerias de toda suerte á que, sin cesar, se halla expuesto y sometido,—sin olvidar el tiempo que todo lo consume, y en el transcurso del cual el infante se trueca en adolescente, este en joven, más tarde en varon robusto y poderoso, para tornarse al cabo en anciano decrepito que ha de devolver á la Tierra lo que de la Tierra percibió;—obran en las que aquella experimenta, por una parte, los grandes cataclismos, resultado de la accion combinada y extraordinaria de las poderosas fuerzas de la naturaleza, que son á esta lo que al hombre las enfermedades y miserias; y por otra esas mismas energías, obrando con la regularidad y persistencia que produce los climas físicos: los trabajos realizados por el hombre en el transcurso de las generaciones, desde la mísera senda abierta al través de la broza, con el objeto de conducir sus rebaños á las praderas abundantes en pastos frescos y lozanos, hasta las obras colosales con que pretende legar á la posteridad la memoria de su existencia, cuya grandeza y dimensiones contrastan vivamente con lo efímero de su sér: y el tiempo tambien, que mediante su accion lenta, continuada, tenaz, hace brotar del seno de los mares islas innumerables que un dia serán vastísimos continentes; trueca envergeles deleitosos páramos solitarios y eriales inmensos, y convierte en campos de soledad, en collados mustios, en colinas informes, las torres que, despreciadas por el viento, acaban por rendirse á su propia pesadumbre, y los robustos paredones y las vastas columnatas cuyas bellezas arquitectónicas y severos perfiles son afrenta del jaramago que crece en sus juntas y grietas.

Y si dando ya de mano á las múltiples y variadas cuestiones que constituyen el objeto de la GEOGRAFÍA en cuanto se refiere ó tiene por asunto el estudio de la Tierra como cuerpo celeste, ó como compuesto de diferentes partes,—bajo cuya consideracion mueve más especialmente á los que cultivan las ciencias de la naturaleza,—nos fijamos en las que abarca cuando la juzga morada del hombre, y en tal concepto detiéndose en los trabajos de toda especie por éste realizados para apropiársela y señorearla,—bajo cuyo punto de vista interesa más de cerca á los que se consagran á las de la sociedad;—verémos que no es más reducido ni de menor importancia el cuadro que se ofrece á nuestra consideracion.

Dispuesta la Tierra y embellecida por la mano del divino Artífice para que en ella pudiera establecerse el que habia de ser rey de lo creado, aparece el hombre que, cediendo inmediatamente á las pasiones de la materia, ve desvanecerse y huir de su corazon la paz y la bienaventuranza que eran timbre de su existencia. A las purísimas delectaciones que le proporcionara el espectáculo incomparable de las bellezas paradisiacas, que al través de su angelical existencia le era dado contemplar, suceden los dolores de toda especie, las necesidades de toda suerte que su cuerpo experimenta, y la satisfaccion de cada una de las cuales ha de exigirle esfuerzos poderosísimos, incesantes, supremos, que han de mantenerle en lucha perenne con cuanto se halle al alcance de su mano.

Los frutos pendientes de los árboles que le rodean; las yerbas y raices que cubren el suelo do asienta la planta mal segura, no son bastantes á reparar sus fuerzas decaídas. Cual la bestia feroz, cuyo terrible aullar turba su sueño, vese obligado á alimentarse del producto de la caza y de la pesca; mas desprovisto de los medios de que dotara á aquella el Creador, ha de discurrir y emplear luego artificios sutiles é ingeniosas trazas, que puedan proporcio-

narle resultados más seguros y positivos que la piedra de que se valiera para derribar la fruta del árbol, ó al ave que en sus ramas se posara, ó al bruto en mitad de su carrera. Mas la guerra que declarara á los inofensivos animales, hácelos desconfiados y recelosos, si no es que los trueca en encarnizados enemigos, y para ponerse á cubierto de sus acometidas, y para guardarse de los rigores de las estaciones, busca lugar seguro en el interior de las grutas y cavernas, ó labra su morada sobre estacas que levanta en medio de los pantanos y las lagunas. En suma: la necesidad de alimentarse, la de atacar y defenderse, la de poner su cuerpo al abrigo de las injurias y de la crudeza de los elementos, la de construirse habitaciones más ó menos perfectas que le sirvan de amparo contra los ataques de las fieras, y hasta contra los más terribles aún, de sus propios hermanos; sírvenle de estímulo, aguzan su ingenio, ponen su actividad en ejercicio, y son el móvil mas poderoso para que sacuda el marasmo que, en su aflictiva situación y al recordar su felicidad perdida, invadiera su sér, acabando por sojuzgar completamente su espíritu.

Mas, ¡á qué insistir respecto de todos y cada uno de los episodios, de todas y cada una de las peripecias que constituyen los cantos innúmeros de esa epopeya tristísima! Yo no he de recordaros que el hombre, sér social por naturaleza, solo se juzga en la plenitud de sus facultades cuando, constituida la familia, contempla á su lado séres queridos, semejantes suyos, con quienes comunicarse y compartir sus dichas y amarguras: yo no he de recordaros que las necesidades primeras que se ve precisado á acallar, representan, si así cabe decirlo, el embrión ó rudimento de la manera de ser de las sociedades primitivas, mejor aún, de los diferentes estados por que han pasado los pueblos antes de alcanzar un grado importante en la escala de la civilización: yo no he de recordaros los poderosos vínculos que le mantienen unido dentro del cuerpo social; la religion que enla-

za en un solo sentimiento todos los corazones; el lenguaje, instrumento poderosísimo, don singular otorgado por Dios al humano linaje para que pueda comunicar sus ideas y pensamientos; el gobierno, que estableciendo las relaciones de mutua dependencia entre los individuos que lo forman, al par revela la imprescindible necesidad de las desigualdades individuales y mantiene el orden en el seno de la sociedad: yo no he de recordaros, en fin, de qué manera, multiplicándose por medio de la asociacion los elementos de que el individuo dispone, va adelantando la humanidad en el camino del progreso, dando cima y acabamiento á empresas gigantescas, y realizando concepciones formidables; empresas y concepciones que vienen á ser los hitos puestos en la via dilatada y tortuosa que comienza cabe las puertas del paraíso terrestre, y termina junto á los umbrales del paraíso celestial.

Para ello sería menester que, siquiera rápidamente, hiciéramos pasar ante nuestros ojos y unas en pos de otras todas las generaciones; y unos en pos de otros todos los pueblos; y unos en pos de otros todos los estados y las civilizaciones todas; que no es, nó, la relacion sucinta de las tremendas batallas entre ejércitos diferentes libradas, lo que constituye la historia del humano linaje, sino la de la lucha jamás interrumpida entre el hombre y el clima; entre lo pasado y lo presente; lucha para la cual evoca los recuerdos que mantienen enlazados unos con otros los siglos por la misteriosa cadena de la tradicion, y que perpetuados y transmitidos por medio del himno, de la leyenda, de la balada, de la sentencia, del apólogo, le traen á la mente los grandes acontecimientos habidos en los pueblos que fueron: las emigraciones, las guerras de razas, las alianzas, los exterminios, las conquistas del trabajo; en suma: ese bregar eterno á que en último resultado viene á reducirse la reaccion que nace de la energía del hombre empleada en dominar las del mundo en que mora, y subyugar las de la naturaleza que le rodea.